

Adiós a París

Silvia Italiano

Tenía que regresar a Buenos Aires y dejar París. La partida me dolía y también me daba miedo lo que iba a encontrar del otro lado del Atlántico, pero trataba de no pensar en eso, por el momento pensaba solo en la separación de París y el vacío que iba a dejarme. Al principio, aborrecí esa ciudad. No quería entrar por el aro. Todos los argentinos instalados allí o que estaban de paso se babeaban por París, para ellos era la Meca, y repetían una y otra vez esa absurda frase que detestaba: Buenos Aires es igual a París. Detesté París, por ella misma, y por si se parecía a Buenos Aires. Me negué a formar parte de los que, a través de amigos comunes, se hacían invitar al 4 de la rue Martel, donde vivían Cortázar y Carol Dunlop. No me interesaba seguir los pasos de Héctor Oliveira ni cruzar el Pont des Arts esperando encontrarme con la Maga. Viniendo de donde yo venía, aquel París rompecabezas hiperliterario y esnob era una patética frivolidad. No quise tampoco integrar el gueto de argentinos y, gracias a mi trabajo, que me vinculaba con franceses y extranjeros venidos de los cuatro puntos cardinales, me lo podía permitir.

Durante un par de meses me alojé en un departamento amueblado que se alquilaba a corto plazo en Passy, un barrio del distrito dieciséis, donde París se convierte en una enorme lengua que se desliza entre el Bois de Boulogne y el Sena. Es un vecindario burgués, y para colmo estaba alojada en el 8 de la rue Agar, un edificio Art Nouveau construido por Guimard, lleno de firuletes, volutas y floripondios, que tenía ventanas pequeñas y era bastante oscuro. Ni el barrio ni el departamento me convenían. El hecho de que por allí hubieran vivido Molière, Voltaire, Proust y Diderot, entre varios otros inmortales, no me compensaba. De aquellos meses lo único que sí rescataba y recordaba con afecto era el Teatro Ranelagh, que estaba a unos quinientos metros de mi casa y en el que todos los días daban una misma y única película: *Los niños del paraíso*. La habré visto una docena de veces. Me sabía de memoria partes del texto de Garance: “Edouard, usted no solo es rico, sino que quiere que lo amen como si fuera pobre. ¿Y los pobres, entonces? Sea un poco razonable, amigo mío. No se les puede quitar todo a los pobres”.

Cuando me mudé al Marais, me sentí mejor. El Marais es el barrio judío. Mi nueva casa, en el 23 de la rue des Ecoiffes, estaba justo frente a una pequeña sinagoga, y las calles adyacentes están sembradas de placas y vestigios que atestiguan el sufrimiento de sus habitantes durante la Segunda Guerra Mundial. En ese barrio se respiraba otro aire, pero transcurrieron todavía varios meses antes de que lograra aceptar la ciudad y empezara

a integrarme. Rehuía a la gente, en el trabajo hablaba poco con mis colegas y fuera del trabajo no hablaba con nadie, o lo imprescindible para mi supervivencia.

Como en esa época me resultaba difícil conciliar el sueño, inicié una rutina de largas caminatas nocturnas. Las noches parisinas eran silenciosas, solitarias y oscuras. Los bares y los restaurantes cerraban antes de medianoche, nadie servía comida después de las diez, y los cines y los teatros también terminaban temprano las funciones. En cierto modo, no eran distintas de las noches porteñas engendradas por la dictadura, que había barrido de un sablazo la alegría y el bullicio que había caracterizado siempre las noches de la ciudad y las había convertido en un páramo lúgubre, incluso tétrico. La diferencia era que por las calles de París se caminaba sin miedo, no había Ford Falcon verdes que cortaban el camino y se chupaban a la gente ni grupos paramilitares que irrumpían en las casas a la madrugada para secuestrar y matar. Me costó trabajo perder el miedo.

Una noche de insomnio y luna llena del mes de octubre, salí de mi casa —el aire era tibio, casi primaveral—, tomé la rue François Miron hasta la iglesia de Saint Gervais, atravesé el Pont d'Arcole para entrar en l'Île de la Cité, pasé delante de Nôtre Dame, volví a cruzar el Sena por el Pont Saint Michel, me dirigí hacia el sur por el bulevar hasta la rue Soufflot y dejando a mis espaldas el Jardin de Luxembourg me dirigí a la Place du Panthéon. Había llegado hasta allí acompañada solo por el eco de mis pasos y mi propia sombra proyectada por las farolas. No había autos ni transeúntes, los últimos buses ya habían pasado y no volverían a circular hasta el amanecer. A lo lejos se veía de tanto en tanto la silueta de un trasnochado. Algunas ventanas iluminadas reemplazaban a las estrellas que la luna llena había desalojado. En otra parte de la ciudad habría movimiento, acción, tal vez dramas: prostitutas, proxenetas, ladrones, borrachos. Aquí todo era *luxé, calme et volupté*. Un lujo era tener para mí sola aquel esplendoroso paisaje urbano que destilaba placidez y serenidad, y voluptuoso el placer de estar inmersa en una especie de abrumadora ilusión óptica que amenazaba con desvanecerse en cualquier momento, y por eso, por lo intenso de la experiencia y por lo efímera que parecía, su efecto era tan potente como el de una droga. Aquella caminata solitaria marcó un hito. Esa noche empezó mi idilio con París. Y fue amor a primera vista porque hasta entonces no la había visto —me había negado a verla— y lo que descubrí con el tiempo es que el amor por una ciudad —a diferencia del amor por un hombre— puede ser para siempre. París se convirtió en una especie de coraza protectora que me ayudó a ahuyentar fantasmas e ir cerrando heridas —aunque hay heridas que no se cierran nunca—, y al ritmo de sus nieblas, sus ráfagas de sol y sus lluvias, sus agostos apacibles y desiertos y sus otoñales hervideros de acción y pasión me fue transformando. Hacía casi veinte años que era mi lugar en el mundo, cuando las circunstancias impusieron otra partida.

Mientras preparaba cajas con libros y algunos objetos que quería conservar y dejaría en el desván de un amigo —sin saber siquiera si algún día podría recuperarlos— me venían a la memoria episodios y momentos de mi vida parisina. Era como si quisiera hacer un inventario mental de lo que me llevaba de la ciudad. Aparecieron fotos, diarios, programas de teatro, folletos de exposiciones, tickets de metro, entradas de cine y cuadernos, muchos cuadernos con notas que serían la fuente de historias que un día escribiría, pero en ese momento no quería detenerme a mirar ni a leer, dejaba que mi cabeza hiciera el trabajo sola. No me interesaba contrastar mis recuerdos con las notas que había tomado durante años.

Sabía que en esos cuadernos estaba la mujer ciega que cuando llegué al barrio se instalaba por las tardes en una silla de mimbre delante de la puerta de su casa para charlar con los vecinos y que un día me había dado la receta de falafel y otro día, cuando ya habíamos entrado en confianza, me contó que había perdido la vista en Auschwitz. Y también, reproducidas casi palabra por palabra, estaban en esos cuadernos las conversaciones con Monsieur Nachman, que tenía una librería en el local del mismo edificio donde yo vivía y a quien le dedicaron un artículo en *Le Monde* porque era una de las últimas personas del país que hablaba yiddish. Monsieur Nachman, que seguía dando los precios en antiguos francos y siempre me confundía, era una fuente inagotable de anécdotas. Su suegra había logrado salvar la vida de su familia cuando un policía vino a buscarlos durante la *razzia* del velódromo de invierno, encerró a todos en la casa y ahuyentó al policía pegando cuatro gritos, plantada delante de la puerta cerrada. Esa era la versión de Monsieur Nachman, aunque tal vez la realidad fuera que la mujer se había topado con alguno de los policías que no habían perdido su humanidad durante la ocupación. Contaba además que su abuela materna era dueña de una pequeña taberna a la que había ido varias veces Trotsky durante su estancia en París. Y había volcado en esos cuadernos los monólogos de mi dentista, el doctor Abravanel —con una genealogía prestigiosa que lo llevaba hasta la corte de los Reyes Católicos—, que mientras me mantenía oyente cautiva, con la boca abierta, me relataba los viajes de su juventud en vuelos chárter para ir a conciertos de rock en Londres, durmiendo en los aeropuertos para ahorrarse el hotel, y el viaje a Estados Unidos en autostop, y el viaje a Vietnam durante la guerra con un grupo coral, y el viaje en velero con sus amigos por las islas del Egeo. Todo eso estaba asentado en mis cuadernos, como también las terribles peleas de mis vecinos de la planta baja, una pareja desavenida, ella bastante mayor que él, dueña de un local de antigüedades en Les Halles, y él, alto directivo de TV5 y bisexual. Vivíamos la peor época del sida, por lo visto él no se portaba bien y a ella le daban terribles arrebatos de furia y se desgañitaba gritando que él se iba a matar y la iba a matar a ella a disgustos, y entonces él salía al patio y pedía a voz en cuello a los vecinos que fuéramos testigos del acoso al que lo sometía su mujer. Todo esto de preferencia en medio de la noche, hasta que una vez otro vecino salió enarbolando un martillo y los amenazó con destruirles las ventanas si no se callaban. En alguno de mis cuadernos también estaba el hombre que en medio del Pont Louis Philippe se dirigió a mí y me dijo Qué asco, se están removiendo con la lengua los restos de camembert. Di un respingo y me volteé para ver a qué se refería: una pareja de jóvenes se besaba apasionadamente. Yo nunca besé a nadie, me dijo él. Y en esos cuadernos había registrado en detalle las peripecias de aquella tarde de invierno en la que, en medio de una brutal nevada, me había aventurado hasta el cine La Pagode porque daban en sesión única *Ascensor para el Cadalso* de Louis Malle y me urgía verla: era una de las películas favoritas de Patrick.

Estaba Patrick en aquellos cuadernos, por supuesto, mi amor parisino. Aunque llevábamos tiempo separados, la casa estaba aún habitada por él y a causa de mi partida inminente sentía más su presencia. Cuando entraba al dormitorio nos veía allí, él sentado en el borde de la cama, yo sobre sus rodillas, mis pies rozando sus piernas, yo frotando mi sexo contra su miembro, él cayendo de espaldas, como derribado por el rayo... Sentía aún a veces los efluvios de aquel revoltijo de cuerpos, sudor, saliva, semen, vodka, hierba. Y nos veía en la cocina, por la mañana, tomando café a pequeños sorbos, derrotados, lívidos,

cadáveres exquisitos, asesinados a besos y caricias. Aquellos fantasmas del pasado eran estremecedores como una cabeza cercenada que siguiera implorando por su vida. Yo podía haber encontrado razones para seguir amándolo hasta el fin de mis días, y él se encargó de darme razones para que dejara de amarlo a los siete años. ¿Se cumplió una vez más la regla? Él aspiraba a ser siempre la excepción. Pero esa es otra historia.

En esa mudanza me estaba dejando muchas plumas. Vaciar una casa nos deshabita. Me sentía agotada, consumida. Tenía que tomar una decisión sobre cada objeto, cada libro, cada mueble: ¿lo regalaba —y en caso afirmativo, a quién—, lo guardaba o lo tiraba? Hice varios viajes a la Iglesia Saint Paul para dejar bolsas con libros y ropa y al regreso de uno de ellos, compré un paquete de cigarrillos. Hacía más de dos años que había dejado de fumar, pero sentía la necesidad de aspirar humo y aunque sabía que el resultado era la intoxicación, yo lo percibía como una forma de limpieza. Me instalé en La Tartine con una copa de vino y mi paquete de Marlboro y cuando metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, noté un papel. Era el recorte de un artículo de *Libé*, doblado en cuatro y obviamente olvidado allí desde hacía tiempo porque estaba amarillento. El artículo narraba un extraño incidente ocurrido en la Bastille, a menos de un kilómetro de mi casa. Una mujer caminaba por el Boulevard Beaumarchais cuando de pronto, del balcón de un edificio cayó un caniche —no una maceta, un caniche— y aterrizó directamente sobre su cabeza. El aplastamiento de las cervicales le provocó una muerte instantánea. Un hombre que atravesaba la calle en ese momento, paralizado por la impresión, no se dio cuenta de que se le venía encima un auto, cuyo conductor, también choqueado por el accidente, descuidó el volante y lo atropelló. Esta segunda víctima murió en el hospital al día siguiente. Y otra mujer —una anciana de ochenta años—, que también pasaba por allí y fue testigo de los dos accidentes, sufrió un ataque cardíaco. Ella murió en la ambulancia antes de llegar al hospital.

Lo ocurrido daba materia de reflexión tanto a quienes creen que tenemos un destino predeterminado como a quienes creen que la vida está regida por el caos, la contingencia y la casualidad. Había pensado escribir un relato que siguiera el itinerario de cada uno de los protagonistas de la historia hasta el momento en que sus caminos se cruzan. No era tarea fácil, y no sabía bien qué hacer con el caniche, ¿debía introducir a su dueño?, y en caso afirmativo ya la historia se complicaba mucho, así que el proyecto quedó olvidado.

Volví a meter el recorte en el bolsillo. Volví a mis cajas y volví a fumar, con tanta fruición, que en un par de horas el ambiente era irrespirable. Necesitaba salir y tomar aire, aunque el aire de París estaba altamente contaminado. El alcalde, Jean Tiberi, había dado como solución al acuciante problema que la gente respirara menos, que fuéramos menos ávidos de aire. Había propuesto, por ejemplo, que se suspendieran las clases de recreación de los chicos para que no tuvieran que respirar hondo. Cómo París había llegado a tener semejante alcalde era uno de los tantos misterios parisinos. Aunque fuera desaconsejado por el alcalde, yo necesitaba respirar hondo. Me puse la chaqueta y salí: la cara lavada, el pelo recogido, ojerosa. Deambulé un rato sin rumbo por el barrio y se me ocurrió que podría visitar a François. Aparecerme en casa de alguien sin anunciarme previamente no es mi estilo, pero en ese momento yo no estaba para consideraciones protocolarias. François vivía en la rue de Deux ponts, en l'Île Saint Louis, en una vivienda social que había conseguido su madre después de la guerra y él había heredado. Pagaba chirolas

por un buen apartamento en uno de los lugares más caros y codiciados de la ciudad. Yo lo había conocido a través de Patrick y no éramos muy amigos, pero simpatizábamos y como mi casa quedaba a un tiro de piedra de la suya y nos encontrábamos a menudo en el Franprix de la rue Saint Antoine, íbamos de vez en cuando, con nuestras respectivas bolsas de la compra, a tomar una cerveza al café Rivolux. Me gustaba su compañía, tenía un sentido del humor ácido, y alimentaba las conversaciones con citas de los clásicos franceses que conocía bien, cosa que en otra persona hubiera resultado afectado y pedante, pero en él sonaba natural. Tenía además una mente más abierta que el francés medio porque había vivido en Nueva York y había estado casado con una tailandesa.

François se sorprendió al verme y lo más probable era que mi visita no le hiciera mucha gracia. Me invitó a pasar cortésmente y tuvo la gentileza de no mencionar mi aspecto inusualmente desaliñado. Me ofreció un café y enrolló un porro —en esa casa nunca faltaba hierba— y como yo no tenía mucho material para alimentar la conversación —mi presente consistía en guardar, descartar, hacer cajas—, saqué a relucir el artículo de periódico guardado en el bolsillo de mi chaqueta y le dije que había pensado escribir un relato sobre ese curioso incidente. Se me rio en la cara. Él no era escritor, era fotógrafo, pero tenía muy buen criterio para juzgar la literatura, y a su juicio, nadie iba a creer semejante encadenamiento de hechos. Habían ocurrido en serio, dije, el artículo daba fe de ello. Él insistió, esa historia ya había dado de sí lo máximo que podía dar: un artículo en las policiales de un periódico. La realidad cruda no es nunca buen material literario, eso yo tenía que saberlo, dijo, o me pensaba que en las Confesiones, Rousseau había contado realmente su vida. Sus argumentos eran sin duda válidos, la realidad resulta a menudo inverosímil, aun así, esa historia rocambolesca era una tentación y, al fin y al cabo, todo se puede contar, solo hay que encontrar la manera.

Cuando regresé a casa, bastante más relajada —por la conversación que me había hecho olvidar mi caótico presente y por el efecto de la hierba—, me llamó la atención que una jovencita, de la que solo había notado que era rubia, llevaba un impermeable y tenía una valija, siguiera sentada en el último peldaño de la escalera. Ya estaba allí cuando yo había salido, y desde entonces habían transcurrido unas cuantas horas, de modo que me atreví a preguntarle si esperaba a alguien y si podía ayudarla en algo. Dijo que esperaba al vecino. La pobre, sentada a oscuras en ese pasillo, me dio pena —estábamos a finales de los noventa, los teléfonos móviles eran poco frecuentes y no había manera de comunicarse con el vecino para saber a qué hora regresaría—, así que le sugerí que esperara en mi casa. Estaba todo revuelto porque preparaba una mudanza, le advertí, pero siempre estaría más cómoda. La chica aceptó y yo me alegré, su presencia me permitía dar por concluida mi jornada de trabajo. Descorché una botella de Côte du Rhône, puse unas cuantas aceitunas en un bol y nos instalamos en sendos sillones. Esta chica —se llamaba Anne— que había pasado horas sentada en un peldaño esperando a un hombre, tendría probablemente una historia para contar, y sería la última que me llevaría de París, pensé. Había nacido en Toulouse —tenía un ligero acento del *midi*— y era intérprete, dijo. Ahora vivía en Fernet Voltaire —las organizaciones internacionales con sede en Ginebra eran sus principales empleadores—, pero su trabajo la llevaba con frecuencia a distintas ciudades del mundo. Unos meses atrás había estado en Viena y allí había conocido a Gérard, mi vecino. Había sido el *coup de foudre*, habían mantenido durante meses un romance epistolar y ahora

habían quedado en encontrarse ese día en París, en la casa de él. Me moría de ganas de conocer más detalles de la relación, sobre todo porque mi vecino era un tipo introvertido e incluso huraño, con el que nunca había intercambiado más que los buenos días y algún comentario banal sobre la meteorología. Además, era guapísimo, y en el par de años que llevaba viviendo en el edificio había visto entrar y salir de su casa a unas cuantas mujeres. Anne no parecía dispuesta a satisfacer mi curiosidad *motu proprio* y yo me limité a hacer algunas insinuaciones, que fracasaron, de modo que la conversación terminó centrándose en nuestras respectivas profesiones, hasta que oímos el ruido de la llave en la puerta del vecino y nos precipitamos al pasillo. Él volteó la cabeza y se quedó mirándonos impávido. *Bonjour*, dijo. Ella dijo: Gérard, *mon amour*. Él frunció el entrecejo. Para hacer la historia breve, Gérard aseguró que nunca había tenido un romance con Anne, que jamás la había invitado a su casa y, lo que era peor aun, nunca en su vida la había visto. Sí, era cierto que él había estado en Viena en las fechas que Anne mencionaba para participar en un congreso de medicina —ahí me enteré de que era médico—, pero no recordaba haber tenido ningún tipo de intercambio con ella. Yo intercedí: ¿Y las cartas? Según Anne, habían tenido una nutrida correspondencia durante meses. Era verdad, dijo Anne, pero venía de una conferencia en Bangkok y lo último que se le hubiera ocurrido era cargar con las cartas para corroborar su afirmación.

El instinto me decía que la versión de Anne era la verdadera. Decidí entonces asumir el rol de detective y, si fuera necesario, de abogado defensor. El internet casi no existía —en Francia aún se usaba el famoso Minitel—, no había correo electrónico y las pruebas de los hechos se aportaban solo en papel. ¿Ella enviaba las cartas a esta dirección, al 23 de la rue des Ecoiffes?, pregunté. No, dijo ella, las enviaba a una casilla de correos. ¿Y por qué había venido aquí? Era la dirección que él le había dado en la última carta, dijo. Él se enfureció, eso era una vil mentira. Anne citaba nombres de restaurantes en los que habían estado juntos, conciertos, una función del Barbero de Sevilla, te acuerdas de esto, te acuerdas de aquello, insistía. En algún cajón de esa casa Gérard tenía almacenadas las cartas de Anne, pensé, pero no podía allanarle el domicilio y él seguía negando rotundamente, hasta que se cansó y dijo: Siento mucho este malentendido, *bonne soirée*. Dio media vuelta y se metió en su casa.

Bonne soirée, sí, justo, Anne lloraba a moco tendido y ya era de noche. No podía abandonarla en semejante trance, así que me la traje de nuevo a casa y le dije que podía dormir en el sofá, ofrecimiento que aceptó y me agradeció profusamente. Cuando se lavó la cara y recobró la compostura, le propuse que fuéramos a comer algo en Le Colimaçon, de la rue Vieille du temple, uno de mis restaurantes preferidos del barrio, y además uno de los pocos que cerraba tarde. Y en medio de la cena, Anne me confesó que era todo cierto, excepto un detalle: él no le había dado la dirección de la casa ni le había dado cita ese día. Ella había averiguado la dirección y había decidido presentarse sin avisar.

Ah, la niebla empezaba a disiparse: él, seductor compulsivo, había iniciado una correspondencia erótica que alimentaba su ego, pero lo que menos se esperaba era esta súbita aparición, y ella, incauta, había mordido el anzuelo y se lo había tomado en serio, pero algo turbio sospechaba. La pobre había construido castillos de arena en una playa con alerta de ventisca.

A la mañana temprano, me vestí a las disparadas, me dirigí a la puerta en puntas de pie —Anne dormía apaciblemente porque le había dado un Sominex— y le toqué

el timbre a Gérard. Le dije que Anne había pasado la noche en mi casa, y antes de que pudiera decirle nada más, él dijo que se alegraba porque se le había ocurrido una posible explicación del enojoso misterio, él tenía un hermano gemelo que lo había acompañado a Viena. ¿También era médico? No, era abogado, pero lo acompañó porque no conocía Viena y le pareció una buena oportunidad para visitarla. ¿Adónde vivía? En Versailles. Sí, pero no podían tener el mismo nombre, ella lo había llamado por su nombre: Gérard. El hermano se llamaba Auguste y detestaba su nombre, por eso a veces se hacía llamar Gérard, dijo. Anotó una dirección y un teléfono en un papel y me lo dio. Hablémosle ahora y salimos de la duda, dije. Está en Lyon hasta mañana, dijo él, con lo cual terminó de convencerme de que era todo un cuento.

Cuando Anne se despertó le conté lo del hermano gemelo, le repetí palabra por palabra lo que me había dicho Gérard y le di el papel con el teléfono y la dirección. Nos despedimos prometiéndonos un futuro reencuentro —nunca se sabe— y yo volví a enfrascarme en mi mudanza y me olvidé de Anne y sus cuitas.

Me fui de París el martes 30 de junio de 1998. El lunes 29 amaneció soleado y cálido. Ya estaba todo listo y el día se anunciaba emocionalmente difícil. Tenía que encontrar la forma —algún pequeño rito— para despedirme de mi ciudad. Fui hasta la estación Châtelet, tomé la línea 4 del metro en dirección Porte d'Orléans y me bajé en Raspail. Caminé hasta el cementerio de Montparnasse, busqué la tumba que comparten Cortázar y Carol Dunlop, y deposité sobre la lápida, junto a las demás ofrendas de peregrinos anónimos, el ticket de metro y el paquete empezado de Marlboro que había comprado el día anterior: ya nunca volvería a fumar.

Llevaba año y medio en Buenos Aires cuando recibí una carta que Anne me había escrito varios meses atrás. Me contaba que el hermano gemelo sí existía, aunque no había ido nunca a Viena ni se hacía llamar Gérard. Es decir, confirmaba mis sospechas. Pero en la conversación telefónica se habían caído bien, y Auguste, conmovido por su triste historia, le había propuesto un encuentro. Se habían enamorado y la relación había marchado tan bien que estaban por casarse y se iban a instalar en París: ella había encontrado trabajo en la UNESCO, algo que deseaba desde hacía mucho tiempo. Me invitaba a la boda —que cuando recibí la carta ya había tenido lugar— y hacía algunas reflexiones sobre los misterios de la vida. Decía que, aunque ella siempre había pensado que nuestros actos estaban regidos por el azar, la forma en que había conocido a Auguste y la forma en que ese encuentro le había cambiado la vida la habían convencido de que existía el destino. Como para confirmar su teoría, me enviaba la carta a la rue des Ecoiffes, aunque sabía que me estaba mudando, porque confiaba en que el destino la trajera hasta mí. Me decía también en una postdata que a su primera hija le pondría mi nombre. Antes de partir yo había solicitado un reenvío postal a mi nueva dirección, de modo que mi carácter previsor le dio un empujón al destino, pero como no contesté su carta —en ese momento necesitaba dejar atrás París y sus historias—, Anne nunca sabrá si llegó o no a mis manos. Tampoco yo sabré si en serio tengo en París una pequeña tocaya.
